

# PRESENTACIÓN

José María ÁLVAREZ MARTÍNEZ  
Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes  
Cronista Oficial de la Ciudad de Mérida  
Director emérito del Museo Nacional de Arte Romano

El interés por la historiografía arqueológica, que el profesor Cerrillo denomina justamente, como lo hizo en su día Álvarez Sáenz de Buruaga, «arqueología del papel», ha gozado de un desarrollo notable en Extremadura y, en los últimos tiempos, ese interés se ha visto acrecentado por interesantes contribuciones, entre ellas las del referido profesor Cerrillo y las del autor de esta interesante monografía que tenemos el gusto de presentar.

El doctor Carlos Jesús Morán Sánchez tiene entre sus contribuciones títulos bien significativos como *Piedras, ruinas, antiguallas. Visiones de los restos arqueológicos de Mérida. Siglos XVI a XIX* (Mérida 2009), con la que hizo su certero debut en esta interesante línea de investigación y a la que siguieron, además de otros títulos, *Fernando Rodríguez. Dibujos de arquitectura y antigüedades romanas* (Mérida 2015), en la que, en colaboración con el doctor Pizzo, presentó la lista de los valiosos dibujos que el maestro de obras emeritense, «celador de la antigüedades de Mérida», presentó a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en las postrimerías de la Centuria Ilustrada y ahora, como un jalón bien significativo en su carrera de investigador, *Memoria arqueológica y social de los dos escenarios romanos: el teatro y el anfiteatro de Mérida (1910-1936)*, objeto de su tesis doctoral que defendió con brillantez en la Universidad de Extremadura.

El conjunto Teatro-Anfiteatro siempre ha sido considerado como la cabecera del extraordinario conjunto augustano y al Teatro se le ha concedido el calificativo de «buque-insignia» de ese elenco monumental. Ello explica el porqué de la elección por parte del autor. Ellos marcaron y marcan la excelencia de lo que fue una relevante colonia, *Augusta Emerita*, ubicada en el confín occidental de

las tierras del Imperio, porque para que una ciudad romana, se dice, gozara de los caracteres de excelencia eran precisos tres elementos fundamentales: un recinto amurallado, en muchas ocasiones levantado en razón del prestigio de la urbe más que por necesidades defensivas, un foro, donde la divinidad imperial se mostrara a sus súbditos desde su templo como si se tratara de un palco escénico y un edificio, o edificios, que la distinguieran. Y este sería el caso de los recintos que el doctor Morán considera en su monografía y a los que, personalmente, añadiría las arquerías, esos puentes-canales de nuestras conducciones hidráulicas.

Con el objetivo, claro y palmario, de dar a conocer lo que han supuesto las ruinas de tan venerables monumentos en la mentalidad, en el ideario de eruditos, viajeros y arqueólogos de diversas épocas y períodos, quienes siempre se hicieron lenguas a la hora de describir sus restos y las valoraciones que se expresaron a raíz de las excavaciones en ellos practicadas por los siempre beneméritos José Ramón Mérida y Maximiliano Macías, el autor se detiene en considerar ese caudal de testimonios, orales y escritos, propiciados por su descubrimiento y puesta en valor, sin olvidar las consideraciones que se pueden extraer de la importancia de dichos edificios como bases del desarrollo de una ciudad, que como bien expresa Morán, perdió parte de sus fortalezas, el ferrocarril, ¡qué pena!, y su pujante industria, pero que tiene en el turismo un potencial de primer orden.

Y ese trabajo lo ha podido realizar de acuerdo con una adecuada metodología y la guía procurada por dos grandes expertos en la materia como son el profesor Cerrillo y la doctora Tortosa, mentores de su tesis. Para ello ha hecho uso de un sin fin de documentos y referencias que atañen a nuestros monu-

mentos, muchas conocidas, pero que han pasado por el tamiz de su análisis y otras inéditas. Además, para completar esas valoraciones sobre la importancia de nuestro «buque-insignia» y su vecino anfiteatro, se ha servido, además de noticias de la hemeroteca, de los libros de firmas que siempre estuvieron a disposición, tanto del público como de las ilustres visitas, en la «Habitación de las firmas del Teatro»...

Con este bagaje ha estructurado su interesante estudio en tres partes fundamentales:

1. Antecedentes. Desde el abandono de los edificios hasta su transformación en unas ruinas valoradas por todos los que de ellas se ocuparon hasta las vísperas del inicio de los trabajos de excavación.
2. Intervenciones. Las realizadas entre 1910 y 1936: sus fases y su transformación en monumentos nacionales.
3. El impacto en la sociedad de esas intervenciones.

Tras una necesaria explicación de las fases de su arquitectura, el autor pasa a considerar la formación de la ruina a raíz de su abandono, bien cumplida la cuarta centuria: el aprovechamiento de los materiales de su construcción a lo largo del tiempo, la ocupación de tan emblemáticos espacios para usos no tan elevados, el ocultamiento de una buena parte de sus fábricas.

Su análisis de las distintas opiniones, unas más interesantes que otras, de eruditos, viajeros, historiadores y arqueólogos, quienes, de acuerdo con su época, desde Nebrija, se ocuparon de escribir y, algunos, de valorar lo que contemplaban, así como de las interesantes ilustraciones que se nos han conservado, obra de excelentes profesionales, es valioso por lo completo.

Al tiempo, no dejan de tener interés para él curiosas noticias tejidas por la imaginación popular, bien presente en la geografía augustana —recordemos el apelativo que se le concedió a las altas arquerías, a esos puentes-canales de nuestras conducciones hidráulicas o a la «Casa de los Milagros edificada en el Templo de Diana— como la existencia de un «tesoro», «El Tesoro de las Siete Sillas» que se encontraría allí, en aquel espacio y que, al final, Mérida y Macías se encargarían de descubrir, aunque de un carácter muy distinto al fantaseado. Sin olvidar la leyenda de las llamadas «Siete Sillas», tan popular hasta el punto de que el nombre se ha conservado en el imaginario popular. Todo ello es un reflejo de que esas venerables ruinas no pasaron desapercibidas precisamente para nuestros ancestros.

Las vicisitudes por las que pasaron tanto el Teatro, en mayor medida, como el Anfiteatro a la hora de plantearse su exhumación son bien conocidas y el autor las analiza, desde las más que afortunadas excavaciones de Villena, descubridor de la referencia al *dies natalis* del Teatro, a las menos significativas de Valdeflores y al intento bien meditado de Barrantes y Plano de ejecutar el proyecto, abortado por nuestros enemigos tradicionales: la envidia y la cerrazón de algunos.

Tendría que venir alguien de fuera, cómo no, pero en este caso, por su prestigio y solvencia científica, providencial como fue la llegada de José Ramón Mélida Alinari, para que el proyecto tomara cuerpo y fuera, por fin, una realidad.

Los pormenores de la confección del programa de excavaciones han sido valorados recientemente por José Caballero en sus conocidas monografías. Fue, sin duda, difícil ponerlo en marcha, pero el prestigio del arqueólogo madrileño lo hizo posible y de los deseos se pasó a la realidad. Carlos Morán valora y analiza esos datos, al tiempo que, acertadamente, refiere que fue un proyecto, «punta de lanza de otro de más largo alcance que consigue generar un impacto que trasciende a los propios agentes que lo conciben». En efecto, era el comienzo del estudio integral del conjunto monumental emeritense, cuya valoración traería consecuencias altamente positivas para la ciudad.

El desarrollo de las excavaciones, conocido gracias a las sucesivas Memorias que sobre los trabajos publicó Mérida, alguna con Macías, la *Mérida Monumental y Artística*, algo más que una *Guía*, del emeritense y las cartas cruzadas entre ambos donde se va dando cuenta de los avances que se producen en el curso de las excavaciones, con sus luces y sombras (falta de medios en muchas ocasiones) está bien valorado por el autor, que se detiene en lo más significativo que arroja ese caudal de documentos: hallazgos relevantes, restitución del frente escénico...

Hemos comentado en otro lugar, con José Caballero, el arrojo, no sin los lógicos temores, de Maximiliano Macías cuando tuvo que hacerse cargo personalmente de las obras de la consolidación y puesta en valor de ese frente escénico del Teatro de acuerdo con el proyecto de un buen arquitecto como fue Gómez Millán, pero que, como ellos refieren en su epistolario, no estuvo lo suficientemente presente, como era menester, en el curso de esos trabajos. Y eso lo tuvo que afrontar, con resultados, todo hay que decirlo, bien positivos, el arqueólogo emeritense como así fue reconocido por Mérida.

Si Mérida fue el *factotum* de las excavaciones y de la instalación del Museo en la iglesia de Santa Clara, no es menos cierto, como ya se ha referido en diversas ocasiones, que encontró a su *alter ego*, a un excepcional colaborador en el emeritense quien supo sortear los múltiples problemas derivados de la adquisición de los predios donde se ubicaban los monumentos, de la marcha de las excavaciones y, por qué no decirlo, de facilitar todos los datos, y algo más, para las *Memorias* que publicó Mérida. Por ello hemos considerado que, en justicia, debieron ser firmadas por ambos, lo que solo se produjo al final de su labor científica.

Morán realiza un análisis bien completo del proyecto de excavaciones del Teatro, al igual que el del vecino Anfiteatro, considerado, como él refiere, prácticamente hasta su descubrimiento como una *naumachia*, a pesar de que varios autores, entre otros Ambrosio de Morales, ya lo identificaron correctamente con su forma y función.

Concluye este segundo apartado con la valoración de la difusión que tuvo el proceso de excavación y descubrimiento de estos edificios a través de las noticias de prensa, de las distintas publicaciones, *Memorias* fundamentalmente, de las visitas que propició, algunas de la mayor relevancia por los personajes que aquí acudieron, desde las más altas instancias a las personalidades más significativas de la cultura y la arqueología. Todo ello, además, con la ayuda que supuso que los autores del Proyecto se implicarán en su difusión continua por medios de conferencias, organización de visitas.

La visión de tan espectaculares edificios inclinó a muchos, con justo enfado de Mérida, a solicitar el espacio del Teatro para la glorificación personal de algunos políticos y para que pudiera ser el marco de distintas celebraciones como los celebrados Juegos Florales que tampoco fueron santo de la devoción del arqueólogo madrileño. Es decir, el Teatro como marco de cualquier celebración o evento que se preciara. Prácticamente como ahora sucede, *nil novum sub sole*, a pesar de las opiniones, entre las que nos incluimos, que abogan por la utilización bien meditada y proporcionada del monumento, cuyo marco, en verdad incomparable, no debe servir para todo lo que se desea.

Pero sí comenzó un uso adecuado al carácter y función de los edificios: las representaciones de obras de la literatura griega y latina que inició un

ilustre badajocense, el profesor Santos Coco. Así, el autor refiere los preparativos de lo que pudo ser la primera función, pero impedida por la desaparición de la titular de la compañía, nada menos que Dña. María Guerrero, hasta llegar a la noche mágica de la primera gran representación en el escenario teatral de la *Medea* de Séneca con Margarita Xirgu y Enrique Borrás y la presencia, ante los ojos emocionados de los emeritenses, de la más altas autoridades de la nación. Era el primer gran fruto de la rentabilidad social de estos monumentos, el comienzo de la proyección del conjunto monumental emeritense.

Este apartado que comentamos y que cierra esta monografía se completa con un valioso estudio, metódico y riguroso, del autor sobre el verdadero impacto que produjo en la sociedad la recuperación de la noble arquitectura de estos edificios.

Y es valioso porque recoge, además de múltiples noticias de prensa, lo expresado por sus numerosos visitantes en el Libro de Visitas que siempre tuvo el Teatro, completado con algunas referencias del Libro del entonces Museo Arqueológico: desde los más altos personajes a los tipos populares, quienes reflejan sus impresiones y manifiestan su admiración por el trabajo realizado por ambos arqueólogos.

Su análisis, pormenorizado en grupos bien delimitados, desde los políticos a los ciudadanos comunes, pasando por historiadores, hombres de la cultura..., resulta ser del mayor interés, porque se trata de la constatación más exacta de la realidad.

A lo largo de sus 386 páginas, llenas de ilustraciones del mayor interés, completadas por un CD que contiene documentos relacionados con ambas fábricas y sus vicisitudes, el lector puede conocer la realidad *completa* de estos edificios, como referíamos al principio, cabecera de nuestro conjunto monumental.

Es lo que tenemos que agradecer al doctor Carlos Morán, quien ha conseguido reunir un interesante conjunto documental que, con la ayuda de una bibliografía, bien exhaustiva, que ha manejado, le ha permitido ofrecernos la verdadera dimensión de estos edificios siempre presentes en el alma emeritense y cuyo conocimiento debemos a dos beneméritos arqueólogos, el madrileño, emeritense, por su adopción, José Ramón Mérida Alinari y el hijo predilecto de esta ciudad, Maximiliano Macías Liáñez.



# PRÓLOGO

Gloria MORA RODRÍGUEZ  
Universidad Autónoma de Madrid

*Hic ubi disiectas moles ...*

Elio Antonio de Nebrija, *De Emerita restituta*

Mérida, llamada por Antonio Ponz «la Herculano de España», atrajo desde época medieval el interés de viajeros y eruditos gracias a sus impresionantes vestigios de la Antigüedad. En ella Nebrija realizó los primeros estudios sobre la milla romana, fue pionera en la promulgación de leyes para la protección del patrimonio (en el siglo xvii) y en la fundación del primer museo arqueológico de España, en 1838, aprovechando el convento desamortizado de Santa Clara, así como en la creación en 1867 de una Subcomisión específica integrada en la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Badajoz. También la historiografía relativa a la arqueología emeritense tiene una larga tradición: los trabajos de José Álvarez Sáenz de Buruaga se cuentan entre los primeros realizados en el ámbito de la Historia de la Arqueología en España, iniciando una fructífera línea de investigación de la que forma parte este libro.

La historia de las antigüedades de Mérida fue el tema de la primera y ya prometedora obra de Carlos J. Morán Sánchez (IAM-CSIC), *Piedras, ruinas, antiguallas. Visiones de los restos arqueológicos de Mérida. Siglos xvi a xix* (Mérida 2009), un exhaustivo y útil repertorio de las descripciones e interpretaciones de los monumentos emeritenses aportadas por viajeros, anticuarios, historiadores o artistas, españoles y extranjeros, durante la época considerada (aunque en realidad se remonta a los viajeros árabes de los siglos ix-x). Ahora la serie *Anejos de Archivo Español de Arqueología* publica el nuevo trabajo del doctor Morán, que se suma al compartido con Antonio Pizzo (IAM-CSIC) dedicado a un episodio de la historia de la arqueología emeritense de

finales del siglo xviii: *Fernando Rodríguez: dibujos de arquitectura y antigüedades romanas (Anejos 73, 2015)*.

El libro que tengo el placer de presentar, fruto de la tesis doctoral de Carlos Morán, profundiza en esta historiografía arqueológica de Mérida pero avanza en el tiempo y plantea temas novedosos en la investigación. El título define perfectamente el tema y objetivos: *Memoria arqueológica y social de dos escenarios romanos: el teatro y el anfiteatro de Mérida (1910-1936)*, y nótese en primer lugar que recurre con acierto al término «escenario», más abierto y complejo que el de «monumento». Se trata de un profundo y muy documentado estudio de la repercusión social de los dos principales monumentos emeritenses, emblemáticos desde época medieval, el teatro y el anfiteatro, en la línea de los recientes trabajos sobre turismo cultural en Europa y, en el caso de España, sobre yacimientos como la necrópolis de Carmona (Ignacio Rodríguez Temiño) o Altamira (David Barreiro y Felipe Criado).

El libro se estructura en tres grandes apartados. El primero se centra en «La formación de la ruina», es decir, la historiografía de los monumentos desde el siglo xvi: el autor constata la importancia de los antecedentes, noticias, descripciones, dibujos, intervenciones arqueológicas, etc. que preparan la siguiente etapa. En el capítulo titulado «De ruina a monumento» (en referencia a la designación de monumento nacional), se estudian las campañas de excavación en el teatro y en el anfiteatro dirigidas por José Ramón Mélida y Maximiliano Macías a partir de 1910 y 1915, respectivamente, e interrumpidas por la Guerra Civil. Se analizan después los

trabajos arqueológicos y la reconstitución arquitectónica de los monumentos durante los años 20 y 30, sin olvidar presentarnos estas iniciativas en el marco de los debates sobre la restauración de monumentos y su utilización en el marco de las nuevas corrientes europeas relativas a la conservación del patrimonio arquitectónico y arqueológico.

El capítulo más importante y novedoso, en mi opinión, es el cuarto, dedicado a la «visibilidad social de los monumentos» a través de la difusión en la prensa y de los libros de visitas del Teatro-Anfiteatro y del Museo, activos hasta enero de 1937. Este impacto de los monumentos en la sociedad se vincula a su recuperación arqueológica, arquitectónica, política y funcional. Esta última fue idea genial de Mérida, quien se inspiró directamente en la restauración del teatro romano de Orange, iniciada en 1825 y finalizada en 1896 con la inauguración de un festival anual denominado «Fêtes romaines», en el que desde entonces se representan tragedias clásicas y óperas. Pero ya antes de la primera representación, la *Medea* de Séneca que tuvo lugar en junio de 1933 protagonizada por Margarita Xirgu, se habían llevado a cabo en el teatro otras actividades culturales como conferencias y Juegos Florales o recitales poéticos. Resulta de enorme interés el capítulo dedicado a los libros de firmas, que atestiguan las visitas realizadas al teatro y anfiteatro y al Museo y muestran un variado elenco de personajes españoles y extranjeros: académicos, arqueólogos e historiadores, arquitectos, conservadores de museos, miembros de sociedades científicas y culturales, políticos y diplomáticos, escritores y artistas, estudiantes universitarios, escolares, etc., además de gente de la calle; elenco que permite a Carlos Morán la elaboración de estadísti-

cas y análisis de carácter sociológico, por ejemplo sobre el grado de alfabetización de la sociedad española o el papel del pasado en la educación. Estudios recientes desarrollados en esta misma línea como los mencionados sobre Altamira o Carmona, convenientemente citados en el texto, confirman el actual interés y posibilidades de este tipo de investigaciones.

El completo apartado bibliográfico muestra el dominio del tema por parte del autor. Las fuentes documentales son igualmente exhaustivas, incorporándose documentación procedente de innumerables archivos y bibliotecas (Biblioteca Nacional, Archivo Histórico Nacional, Real Academia de la Historia, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Instituto de Patrimonio Cultural de España, Museo Arqueológico Nacional, Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, entre otros).

En definitiva, este libro, tan bien escrito como ilustrado, propone uno de los temas más interesantes de la investigación actual, yendo más allá de la mera historiografía y adentrándose en el análisis de la percepción social de la arqueología y de los usos culturales de dos monumentos emblemáticos de la antigua *Augusta Emerita*. Es un estudio riguroso que refleja un profundo conocimiento de temas tan variados como la historia de la arqueología, la legislación sobre patrimonio, los debates sobre la restauración y conservación de monumentos o las posibilidades funcionales de los mismos, pero también la literatura, el arte, los relatos de viajes. Un libro que, además, no podía haberse escrito sin sentir pasión por los vestigios de la Antigüedad, por la «poesía de las ruinas»; un importante estímulo, en fin, para esta nueva línea de estudios sobre el impacto social de la arqueología.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a las Instituciones que han hecho posible el proceso de este estudio: en primer lugar, al Instituto de Arqueología de Mérida, donde desarrollo mi actividad profesional y que, por tanto, ha servido de soporte imprescindible a esta opción personal. Por otra parte, este trabajo habría sido materialmente imposible sin la documentación que se custodia en el Archivo y la Biblioteca del Museo Nacional de Arte Romano, institución a la que agradezco su disponibilidad para todas las consultas que han sido necesarias.

Quisiera subrayar la importancia que para mí supuso tener como referentes en la elaboración de este estudio a las dos personas que más han marcado mi vida en el mundo de la Arqueología. A Enrique Cerrillo Martín de Cáceres le agradezco su confianza en mí, mantenida en el tiempo desde mis años universitarios. A él le debo mi incursión en el campo de la Historiografía de la Arqueología, pues alentó y supervisó mi primer trabajo en este sentido. Le agradezco que haya conservado encendida en mí la llama de la investigación y sus lecciones –siempre interesantes, jamás aburridas, con frecuencia divertidas– al amparo de un café y, en otros tiempos, del humo de un *Bisonte*. Mi contacto con Trinidad Tortosa se produjo en el marco del IAM y supuso mi toma de contacto con el concepto de *difusión* de la investigación que ella promueve y en el que cree firmemente. Trinidad me abrió los ojos a una investigación de profundidad, alejada de los gabinetes y con una clara vocación de responsabilidad social. A ella le debo su tesón, su gran dedicación e implicación con este trabajo; su valioso tiempo y sus pertinentes «tirones de orejas» que tanto he necesitado. Este trabajo ha salido adelante, sin duda, gracias a su empuje. De ambos, Enrique y Trinidad, admiro su trayectoria profesional y al mismo nivel, su calidad personal.

También agradezco su compañía en este recorrido a mis compañeros del IAM, tanto a los que ocupan una mesa hoy como a los que han ocupado alguna a lo largo del tiempo, con un recuerdo muy especial para José Ángel Martínez.

En el Museo Nacional de Arte Romano conté con la disponibilidad de su, entonces, director, José María Álvarez, así como con la amabilidad José Luis de la Barrera, Agustín Velázquez y Javier Alonso, que me proporcionaron valiosos datos y documentación de interés para llevar a cabo este trabajo; quiero hacerles constar mi sincero agradecimiento por su ayuda y siempre buena disposición.

Agradezco su paciencia a Fabián Lavado, bibliotecario del Consorcio de la Ciudad Monumental, que me ha permitido retener algunos libros más allá de lo razonable; del mismo modo agradezco las palabras de ánimo de muchos de los compañeros del Consorcio.

A José Caballero debo agradecerle, en primer lugar, la publicación de sus magníficas investigaciones, que han sido una verdadera inspiración y guía obligada para este trabajo; en segundo lugar y, a nivel personal, más relevante, le agradezco su confianza, su generosidad por ofrecerme cuantos datos e informaciones pudieran servir para mi estudio y, sobre todo, su amistad, que es uno de los mejores hallazgos que he realizado en este recorrido.

La amistad es, precisamente, una de las pocas cosas que sobrevive a un viaje de este calado, lleno a menudo de incertidumbres, altibajos e islas plagadas de ciclopes. Por este motivo, debo mencionar de nuevo a Trinidad Tortosa, ahora en su condición de amiga y hermana de adopción, que siempre ha sabido escuchar y hacer que las tormentas personales fueran pasajeras.

A mi familia le agradezco su apoyo y su respeto ante una lejanía mental y física a veces, lo asumo, difícil de comprender y dolorosa para los que te quieren.

Mi mayor fortuna es tener a mi lado a Cecilia, no ya como compañera de este viaje, sino de vida; le agradezco su paciencia, su generosidad y su sacrificio silencioso ante el peso de lo cotidiano. El equipo que formamos lo completan Aníbal y Héctor, que han sufrido mis encierros y mis negativas de tiempo para ellos. Esto ha sido un trabajo colectivo, pues sin su apoyo habría sido imposible llevarlo a cabo. Espero poder compensar las ausencias ahora que regreso de esta aventura.



Quiero agradecer a Adolfo, mi padre, su presencia permanente a mi lado en todos los momentos y sus llamadas, cada noche, para borrar las distancias. A Consuelo, mi madre, que me enseñó a leer y me inculcó la pasión por la lectura, le estaré siempre agradecido por mostrarme que la posibilidad de aprender es, a cualquier edad, uno de los mayores regalos de la vida; su presencia en mí permanece viva en este y en todos los senderos.

Tal como me anunció en cierta ocasión una sabia pitonisa, reconozco, ante esta *Odisea* personal, que lo importante no es el final del recorrido sino el camino realizado: el *percorso* y las vivencias de Ulises. Llegando al final de este trayecto percibo que lo más valioso es, como en todo recorrido vital, el equipaje acumulado de presencias.

Gracias, pues, a todos los que habéis estado presentes, en cualquier modo, en este viaje ya vivido.



# CAPÍTULO 1

## INTRODUCCIÓN

A lo largo de las siguientes páginas presentamos un estudio que ha sido el fruto de diversos factores y acciones que referimos a continuación. En primer lugar, debemos hacer referencia a nuestra propia formación en el campo de la Historiografía de la Arqueología, canalizada a través de una aproximación a las distintas percepciones que cronistas, viajeros, eruditos y literatos, entre otros, ofrecían de los restos arqueológicos de Mérida hasta el siglo XIX (Morán 2009). Durante este recorrido pudimos tomar conciencia de que el teatro y el anfiteatro conformaban un conjunto singular que, por su marcada presencia en el territorio y por las leyendas que se generaron en torno a ellos desde que pierden su función original, suscitaban un interés especial. Con estos antecedentes, tuvimos la oportunidad de profundizar en algunos aspectos concretos ligados a estos restos arqueológicos emeritenses, como los dibujos de antigüedades realizados en el siglo XVIII por el maestro de obras Fernando Rodríguez, que representan, gráficamente, la mirada local a las ruinas (Morán y Pizzo 2015).

En la misma línea de trabajo, se nos ofreció la posibilidad de colaborar, a través de la investigación historiográfica, en el proyecto «El Teatro y el Anfiteatro de Augusta Emerita: Documentación, investigación y presentación de dos edificios de espectáculos de época romana», dirigido por Pedro Mateos y Antonio Pizzo, del Instituto de Arqueología de Mérida. Dentro de este contexto, nos planteamos abordar esta investigación centrando nuestra atención en estos dos edificios emblemáticos y su repercusión como elementos canalizadores de las intervenciones arqueológicas en la ciudad.

En cuanto al periodo en el que centramos nuestro estudio, durante la última década se han publicado algunos trabajos que, de manera transversal o directa y con distintas características, han acrecentado el conocimiento sobre las excavaciones arqueológicas

llevadas a cabo en Mérida desde 1910 hasta 1936. El primero de estos estudios se ocupa de la biografía de Mérida realizada por Daniel Casado (Casado 2006c) que ofrece, en uno de sus apartados, datos de interés sobre las excavaciones realizadas en el yacimiento emeritense por el arqueólogo madrileño. En la misma línea biográfica se sitúa el trabajo sobre Maximiliano Macías publicado por José Caballero (2008), que además se enmarca en el contexto general de la ciudad de Mérida y centrado en torno a las excavaciones e intervenciones arqueológicas. Esta última publicación aporta numerosos datos del archivo personal del arqueólogo emeritense, lo que permite a su autor presentar aspectos desconocidos sobre las intervenciones llevadas a cabo. La publicación, poco después, del epistolario entre Mérida y Macías (Caballero y Álvarez 2011) ofreció la posibilidad de conocer un gran número de detalles de ámbito privado entre los dos arqueólogos, ampliando aún más el conocimiento sobre el desarrollo de las excavaciones en Mérida y sobre sus protagonistas. Estos estudios planteados por J. Caballero y por este mismo autor junto a J. M. Álvarez constituyen la base fundamental de referencia de nuestra investigación, debido al imprescindible aporte documental e informativo de ambas. Finalmente, con la celebración del centenario sobre el inicio de las excavaciones en la ciudad, celebrado en 2010, se realizaron otras ediciones que incidieron de forma transversal en este periodo (Álvarez y Mateos 2010a; 2010b), así como distintos actos conmemorativos que pusieron de relieve la figura de José Ramón Mérida y Maximiliano Macías como precursores de los trabajos arqueológicos en Mérida (Álvarez y Mateos 2011).

Por otra parte, el salto cualitativo que ha experimentado la Historiografía de la Arqueología en España en las últimas décadas ha proporcionado una sólida base metodológica en la que nos inspiramos para elaborar nuestro estudio. En este sentido pode-

mos mencionar los cinco Congresos Internacionales celebrados a lo largo de estos años, el último de ellos en marzo de 2017 (Arce y Olmos 1991; Díaz Andreu y Mora 1997; Cabrera y Ayarzagüena 2003-2005; Ayarzagüena, Mora y Salas 2017; AA. VV. 2018). Otros congresos y publicaciones, centrados en momentos o contextos concretos, han completado los estudios sobre Historia de la Arqueología; así, en relación al siglo XVIII, podemos mencionar las publicaciones sobre la Ilustración desde la perspectiva italiana y española (Cacciotti, Dupré, Beltrán y Palma 2003), o sobre la actuación de la corona en Arqueología (Almagro y Maier 2012). Otros aspectos analizados en los últimos años son el papel de las instituciones en el desarrollo de la disciplina (Quero y Pérez 2002; Belén y Beltrán 2007), los personajes que, en primera persona, hicieron posible este desarrollo (Ayarzagüena y Mora 2004; Díaz Andreu, Mora y Cortadella 2009) o la documentación relacionada con la gestión del patrimonio arqueológico (Almagro y Maier 2003). En Extremadura, las publicaciones sobre Historia de la Arqueología se han encargado brevemente de aspectos generales (Ortíz 1986), y más profundamente de aspectos concretos como las Comisiones de Monumentos (Ortíz 2007; Marín Hernández 2014) o yacimientos determinados (Ortíz 2002; Rodríguez, Ortiz, Pavón y Duque 2014). En el caso de Mérida, los primeros apuntes sobre la Historia de la investigación en la ciudad se deben a los trabajos de José Álvarez Sáenz de Buruaga (entre otros, 1945; 1949; 1950; 1983; 1994). En este mismo contexto emeritense se enmarcan, además de los trabajos mencionados anteriormente (Álvarez y Mateos 2010a; 2010b; 2011; Caballero 2008; Caballero y Álvarez 2011; Morán 2009; Morán y Pizzo 2015), otros estudios que inciden en aspectos particulares de la Historiografía de la Arqueología en la ciudad (como ejemplos, Álvarez y Nogales 1988; Barroso y Morgado 1998; Barrera 1999; 2006; Caballero 2004; Canto 2001b).

Basándonos, como hemos comentado, en esta base metodológica y en la línea de investigación que habíamos comenzado a través de nuestros trabajos previos, nos resultaba sumamente sugerente profundizar en el camino trazado por los trabajos que habían incidido, de uno u otro modo, en el periodo comprendido entre 1910 y 1936. Así, nuestro interés se centra en destacar las características y principales factores de desarrollo de lo que hemos denominado *proyecto global* de intervenciones en el yacimiento emeritense, con especial atención al conjunto formado por el teatro y el anfiteatro como elementos repre-

sentativos de estas. La concepción de este proyecto integra actuaciones arqueológicas, reconstitución y difusión con una perspectiva de gran modernidad para la época de su ejecución, lo que permite que este modelo siga vigente en la actualidad sin variaciones en su esencia. El desarrollo de estas acciones condicionará la evolución de la ciudad, pues afecta tanto a la configuración urbanística como a su desarrollo económico, cultural y social.

Como método de abordar el estudio de este complejo proceso, hemos realizado una recopilación documental de distinta naturaleza que nos posibilita el análisis tanto de las intervenciones llevadas a cabo como de la percepción que el propio proceso tiene en la sociedad en la que se enmarca. Así, hemos utilizado documentos, imágenes, noticias de prensa y los Libros de Visitas del Teatro y el Anfiteatro como elementos que permiten, a través de la información que ofrecen, conocer con más detalle los distintos momentos y percibir las particularidades del desarrollo del proyecto de intervenciones.<sup>1</sup>

Partiendo de esta base, el trabajo se estructura en tres partes diferenciadas: los antecedentes, que realizan un recorrido por el panorama del teatro y anfiteatro emeritenses desde su abandono como edificios de espectáculos hasta su transformación en ruinas, tal como llegaron hasta 1910, momento en que comienzan las excavaciones arqueológicas. Este capítulo nos muestra el modo en que estos dos edificios son percibidos por los estudiosos y viajeros que los visitan a lo largo de los siglos, pero también el papel que estos monumentos juegan en el ideario de la ciudad. A lo largo de estos siglos podremos confirmar su carácter de elementos identificativos para Mérida y los primeros intentos por rescatar el uso público de estos espacios. La segunda parte del estudio, el capítulo 3, se centra en las intervenciones

---

<sup>1</sup> La documentación procedente de Instituciones se encuentra recogida en el apartado dedicado a Fuentes Documentales. Hemos tenido la oportunidad de analizar también otro tipo de registros que, por su carácter privado, no eran susceptibles de ser recogidos en este apartado, pero que, sin embargo, se presentan en los apéndices documentales de cada capítulo. De este modo, en estos apéndices se puede consultar la documentación institucional y privada, que permanece, en muchos casos, inédita. También hemos recogido la documentación que hemos considerado de interés para la mejor comprensión de este estudio; así, las noticias de prensa utilizadas en el capítulo 4.1 o la distinta legislación y decretos publicados en la *Gazeta de Madrid*, pueden ser consultados también en sus apéndices correspondientes.

realizadas desde 1910 a 1936 que, con los edificios de espectáculos como representantes, se extienden por todo el yacimiento emeritense y en aspectos que trascienden la Arqueología, tales como la reconstitución del frente escénico del teatro o la difusión, en distintos niveles, de los trabajos realizados. El recorrido por estas intervenciones nos llevará a reconocer, entre otros aspectos, los momentos clave de este proyecto, la transformación en *monumentos nacionales* de los edificios o los elementos de modernidad de las actuaciones ejecutadas. Una vez que hemos establecido los antecedentes y el desarrollo de este proyecto de clara vocación social, nos centramos en estudiar, en el capítulo 4, el reflejo de estas intervenciones en la sociedad. Para realizar este análisis hemos utilizado dos instrumentos que nos muestran, por una parte, a través de la prensa regional y nacional, el seguimiento del proyecto y la forma en que se ha transmitido la información a la sociedad, lo que genera una opinión general sobre las intervenciones; por otra parte, utilizamos los Libros de Firmas del Teatro y el Anfiteatro como soportes que ofrecen la percepción y la información directa, permitiéndonos vislumbrar el alcance social de este *proyecto global*.

De este modo, podemos comprobar que el conocimiento social que alcanzan los monumentos se extiende más allá de lo meramente local o regional, e incluso trasciende la dimensión nacional, tal como evidencian los distintos soportes documentales que hemos utilizado para esta investigación. Hemos de incidir en la valiosa información que aportan, como instrumento de análisis, los Libros de Visitas del Teatro y Anfiteatro, elementos que consideramos fundamentales en este trabajo. El estudio de estos documentos ofrece un tipo de estudio inédito<sup>2</sup> que revela aspectos de gran interés como el intenso movimiento turístico, a nivel nacional e internacional, de la burguesía de principios del siglo xx y su relación con los elementos patrimoniales en los comienzos de lo que se conoce actualmente como *turismo cultural* (Morère y Perelló 2013: 21-28).

En este contexto, nos proponemos remarcar el papel de la arqueología como promotora de un cam-

bio radical no solo en los monumentos objeto de estudio y excavación, sino en entender estos edificios como bienes patrimoniales que permiten una activación de la economía de la ciudad. Este impulso económico basado en el turismo es comprendido en momentos bastante tempranos del desarrollo del proyecto y las corporaciones emeritenses con más visión de futuro apostarán por esta nueva fuente de ingresos. A pesar de ello, no es raro encontrar en la bibliografía emeritense o en la prensa referencias a las limitaciones que el patrimonio arqueológico de la ciudad ha supuesto, por ejemplo, para su crecimiento urbanístico, un debate que recogemos en el capítulo final de este trabajo. Este tipo de afirmaciones, frecuentes en el marco del desarrollismo franquista basado en el crecimiento urbano, siguen teniendo eco, sin embargo, en referencias relativamente recientes, donde aún abundan la exposición de estos «perjuicios» que la arqueología ha provocado en la ciudad (Doncel 1991: 61-63). En este mismo marco, por ejemplo, se introducen como factores decisivos del desarrollo de Mérida en la época que nos ocupa (primera mitad del siglo xx) el ferrocarril y la construcción del matadero industrial (Doncel 1991: 18-19), que sin duda fueron elementos indispensables para el despegue y crecimiento de la ciudad. No obstante, aunque la línea férrea marcará un límite para este ansiado crecimiento urbanístico, no afecta a su consideración como elemento de crecimiento. Con el paso del tiempo, sin embargo, el ferrocarril ha perdido la pujanza e importancia como medio de transporte que tuvo en sus comienzos y el matadero industrial y otras industrias de ese momento han desaparecido. Los elementos patrimoniales, sin embargo, siguen generando importantes beneficios a la ciudad en forma de turismo, incrementándose cada día.

En Mérida, Teatro y Anfiteatro —conocidos popularmente como las *Siete Sillas* y la *Naumachia*—, han tenido siempre una consideración especial en la memoria colectiva como elementos identificadores de la ciudad. De este modo, con la recuperación pública de estos espacios se consigue materializar un deseo que permanecía latente, enfatizando el valor social que se otorga a estos monumentos y rescatándose su esencia primigenia como escenarios cotidianos de la vida de la sociedad en la que se integran.

Desde estos presupuestos, nuestra principal aportación consiste en ofrecer la perspectiva de unas intervenciones pioneras que abren caminos en Arqueología y en la manera de entender el Patrimo-

<sup>2</sup> No conocemos, hasta el momento, otro trabajo que aborde el análisis de las firmas de los individuos que visitan un monumento y que afronte su contextualización social y cultural en relación al momento cronológico que plantea. No obstante, a distintos niveles, se están comenzando a tener en cuenta estos soportes como herramientas de trabajo (Ayán 2015; Rodríguez Temiño *et alii* 2015).

nio, que marcan unas líneas de actuación aún vigentes y que definen el yacimiento emeritense tal como lo conocemos en la actualidad. Los conocimientos históricos que se derivan de estas primeras intervenciones arqueológicas son, sin duda, enormes y, en el mismo nivel se sitúa la trascendencia que para la ciudad de Mérida, a nivel social, adquiere el proyecto arqueológico.

En unos tiempos en los que asistimos a la destrucción del patrimonio arqueológico a manos del fanatismo más salvaje; en los que las barreras entre

el uso y el abuso de los elementos patrimoniales se configuran en finos hilos de seda; en los que se cuestiona en clave económica el valor del patrimonio, merece la pena volver la vista atrás para entender el espíritu que posibilitó esta recuperación social a través de la arqueología. Emprendemos este viaje al pasado a través de los documentos, de una «arqueología del papel» (Cerrillo 2008: 13) que nos ayudará a comprender que la importancia de conocer y mantener en buen estado nuestras raíces es vital para garantizar nuestro futuro.